

EL BRILLO DE ORIÓN

A ÁLVARO MUTIS

“SÍ, CUANDO LO vio sin ropas y de cuerpo entero se dio cuenta de que era un negro. Se sintió aterrada. Salió corriendo por los pasillos y dejó a aquel hombre inmenso y cortés desnudo en medio del cuarto. Sí, se fue como un viento asustado y, según ella, jamás volvió a verlo. Las mujeres, Lorenzo, me parece que son más decididas que nosotros.” “O quizá, Don Pío, se avergüenzan menos de sus miedos.” “Bueno, mira, el miedo puede ser una gran fuerza, en eso no andas descaminado.” Oyeron los repiques impacientes de la campana. “Es la lancha de los chinos. Al amanecer entrarán en Puerto Naranjo. Llevan verduras, flores y gallos finos, si los hay. Esa es la mercancía declarada. Pero estoy seguro de que en el camarote del viejo hay unas cuantas muchachas sorprendidas que se pasan la noche entrelazadas como árboles jóvenes. El Chino les regala té verde y casabe.” “Pero ella ¿alguna vez le dijo que estaba aterrada?” “Sí, aunque debes tener presente que yo la conocí unos años después y para entonces ella había convertido el episodio en una especie de broma insensata. Más bien le parecía un escándalo que las cosas llegaran hasta esa escena, que no se hubieran detenido antes. Tal vez se sentía apenada y, a lo mejor, un poco pendeja. No te olvides que los gestos grandes no excluyen cierta simplonería.” Ya se oía la gritería aguda de los niños que despedían la lancha, mezcladas las voces con el chillido de los pájaros que regresaban. “Estos carajitos le dicen adiós hasta a las hojas podridas que se lleva el río. Luego les sobreviene una tristeza rabiosa cuyo origen desconocen y se pelean entre ellos como perros hambrientos.” “¿Y el negro, Don Pío?” “¿El negro? El negrazo llevaba, por lo pronto, un nombre que era una declaración de independencia, Washington Miranda, como si fuera un escudo frente a los enemigos o como si quisiera convencerse, contra el pelo crespo y el olor fuerte, de que el futuro iba a ser bueno. Era sin lugar a dudas un negro optimista, un negro reformado, convencional, con ganas de colarse en el mundo. Era abogado, se había entrenado con los ingleses de Trinidad y, por supuesto, en la casa matriz del Puerto, en la capital. Llevaba pajilla y unas alpacas de colores cómplices. Más tarde se independizó y manejó los asuntos de alguna compañía fluvial y, según las malas lenguas, le administraba un par de burdeles pobres al Coronel Méndez ¿te acuerdas? el del Triunvirato de la Traición. Yo creo que el negrazo cometió muchos errores, pero del principal no tuvo

la culpa. Me refiero a que es verdad que parecía un mulato por una de esas fortuitas combinaciones genéticas tan frecuentes en estos territorios. Tú sabes que por aquí, y más aún en el Puerto, la gente está compuesta como en parches, una nariz recta y delgada de adolescente florentina y una bamba hinchada y procaz de antiguos cortadores de caña. Caras blancas y barrigas amarillas, rubias pálidas con pelo de matorral y las nalgas levantadas de las negritas remolonas. Sí señor, Don Washington Miranda tenía una piel café con leche que él disimulaba con esos trajes tan bien cortados, trajes de blanco, con la leontina vistosa y con delicadas artes cosméticas que habría aprendido entre los peluqueros hindúes y los comerciantes chinos, verdaderos magos del disfraz. De nada le valió. Graciélita Valdemoso descubrió, en un instante congelado, que era un fugitivo de las barracas.” “Pero la madre de ella ¿no sospechaba nada, Don Pío?” “No lo sé, supongo que ya no le importaba demasiado. No olvides, Lorenzo, que era una viuda cansada, con un agotamiento vital insuperable. Al marido, muy conocido en otros tiempos, uno de nuestros frecuentes héroes confusos, se lo habían fusilado en la frontera, en la llamada guerra de la Segunda Constitución, una monserga que comenzó como un pleito académico entre juristas irascibles y terminó a tiros y machetazos en la sabana caliente de Santa Rosalía, esa especie de isla rodeada de ríos. Nunca me gustó el General Valdemoso, a quien nuestros historiadores llaman ahora ‘El General orador’. Gastaba barba de dramaturgo y le apasionaban más las arengas que las batallas. Sus ayudantes eran abogaduchos exaltados, de botas altas, que arrastraban una tropa alpargatera y sarnosa. La muerte y sus amiguitos le dieron fama de valiente. Para la región, sin embargo, fue una calamidad. Se llevó los peones, los animales y durante veinte años nos dejó en pleito con los del Norte sin que supiéramos la razón. La viuda asistió como una sonámbula a varios homenajes aparatosos, con marcha de Afida y discursos atropellados, que nadie sabía con exactitud qué celebraban y luego comenzó para obtener una ayuda del estado la amarga ronda de las salas de espera con escupideras en los rincones y limpiabotas destentados. Ten presente que aquí las guerras personales, las llamadas ‘guerras bonitas’ las pagan los interesados y el General orador remató hasta el pino de cola. La viuda, por otra parte, sufría la calamidad, dadas las circunstancias, de ser una hermosura vertiginosa, quiero decir que era una de esas bellezas que se imponen

en el primer instante en que las miras, lo contrario de aquellas que necesitan tiempo para ir envolviendo el corazón ajeno. Era la nieta del viejo Müller, el importador de vinos, pero mezclada con la sangre lánguida y contemplativa de los Regueiro. Hay que reconocerlo, la emigración es un laboratorio de mujeres inéditas, sin esos filtros imprevisibles jamás las habríamos visto. Una familia, no obstante la buena amalgama, sin destino de arraigo. Las hay así, estirpes sanas que por algún motivo no prenden. En sus finales el pobre Müller tuvo la desgracia de coincidir con el General Garmendia, el ex-cura, el autor de aquella ley salvaje que pretendía obligarnos a beber agua de coco. Yo creo que ella al principio peleó lealmente. Entraba en las abusivas oficinas de los jefes, exponía su caso como una letanía aprendida, sin cambiar ya las palabras, y se retiraba a los diez minutos cuando percibía el desorden que causaba su figura. Desconozco con precisión la secuencia que la llevó al convencimiento definitivo de que era ella la que importaba y no las discutibles glorias del marido. Quizá se dio cuenta de que insistir en una pensión de cuatro centavos era una ridiculez, quizá se convenció, con cierto azoro de novata, que ella era la verdadera potencia. Nunca encontró un gran amor, eso te lo puedo asegurar, era un alma candorosa que habitaba un cuerpo excesivo e invasor. Quien más le duró, me parece, fue Ibarra, un militar de escuela, muy pagado de sus conocimientos clásicos, un dandy severo del Círculo de los Oficiales, de los de uniforme planchado y anillo de oro en el meñique." Oyeron las chancletas de Leoncia que se acercaba con dos platos de arroz y plátanos fritos. Se los repartió sin ceremonias y agregó, con una indiferencia de tortuga milenaria, que al rato les traería el agua de tamarindo. "Parece comida de preso, Lorenzo, pero es lo único que aguanta mi estómago. Leoncia, me figuro, ya no sabe hacer otra cosa. Si quieres, después te cuele un café. Y si más tarde tienes ganas, te saco el viejo telescopio y nos vamos a la azotea a ver las estrellas. A mí, que tanto las admiré, ya me interesa menos ese reino celestial en el que pretendía, en la juventud, descifrar mi destino. Me conformo, desde este sillón, con el aleteo de los cocuyos y el chapoteo del río. Ahora pienso que las señales están en todas partes. Tú sabes perfectamente que yo ejercía, con un título bien ganado, una profesión de azar. Era un ingeniero de minas que buscaba oro. Dependía, pues, de unas cuantas técnicas, de chismes alentadores y de signos celestiales. Lo encontré en los ríos y también me lo traían los indios barrigones. Una vez me fui al Norte y declaré una mina como Dios manda. Me enterré vivo durante años y me di el gusto de perseguir una veta que, con el tiempo, se adelgazó en un hilito imperceptible. Desvestí a la mina como si fuera una mujer, la cual resultó ser, a cuentas cerradas, una flaca huesuda y pellejosa. Me dejó el estómago destrozado y el corazón lleno de espasmos y alegrías pasajeras. No me quejo de nada. ¿Te imaginas la maravilla diaria de haber vivido entre palpitos y premoniciones? No vivo de lo que gané, sino de cuatro corotos que me dejó mi tía María Luisa. Sí, la buena María Luisa, nadie rezaba el rosario más rápido que ella, un zumbido de abeja acorralada en el

cuarto. Yo entraba en puntas de pie, le tapaba los ojos y gritaba ¡jamén! Pero ni así interrumpía las avemarias más veloces de la región. Me miras, Lorenzo, como si no me creyeras mucho, como si no estuvieras convencido de que estoy bien. Lo estoy, la vejez no me importa y agradezco en lo que vale no padecer dolores. El dolor físico te aísla de todo, te obliga a concentrarte en él, es una ave carnívora que no te suelta nunca. Pero si la vejez es más o menos pacífica te devuelve el espacio reducido de la infancia. Yo me descubro observando la marcha incansable de las hormigas o el ciclo de vuelo de los pájaros. El minúsculo fervor de vida que te rodea. El colibrí vibrante e histérico, la electricidad de la lagartija y esas anchas mariposas nuestras que se mecen en el aire, olvidadas e inocentes. Cambian los deseos, Lorenzo, las mujeres se vuelven como guardianas laterales, que te cuidan a cierta distancia. Me irritaban las mujeres fijas y me acostumbré a las muchachas andarinas de la región. Todavía me cruzan la imaginación y aunque ya estoy desarmado, la vieja Leoncia me trae alguna niña para que yo la bañe con meticulosidad y paciencia. Las lavo con ciertos jabones buenos que guardo de otros tiempos, pastillas ovaladas, no esas piezas bárbaras que usan aquí en las duchas de los corrales. Luego las perfumo con agua de colonia. Se medio ríen y se retuercen un poco por las cosquillas involuntarias. Me parece que se van contentas y yo quedo vagamente exhausto. Oye, si todavía tienes hambre, voy a pedir que te traigan café con leche. Te iba a preguntar, Lorenzo, si te asustaba la muerte, pero yo sé que a tu edad es una especie de desafío abstracto, una impertinencia religiosa para llamarte al orden. A mí me preocupaba sólo cuando era intensamente feliz. La veía como una ladrona que me robaría esos momentos de gracia. Ahora es otra cosa. ¿Qué me va a quitar? ¿Los plátanos fritos? ¿Los platos de peltre? Por primera vez la veo dentro de la vida, la veo en mis días circulares, en mis sueños desalentados, en cierta gratitud por todo y por nada. Mira, mira hacia arriba, el cielo de la región es abrumador. Mucho más poblado que estas llanuras. Hazme hablar, Lorenzo, que eso me gusta."

"Me alegra, Don Pío, porque le confieso que me lo habían descrito silencioso y hosco." "También lo soy, sobre todo con personas que me tratan como una reliquia, un mineral raro, el resto de un pasado indescifrable. Me preguntan cosas que me dejan muy solo. Contigo es diferente, tú eres el nieto de Francisco." "Pero es natural que lo busquen, Don Pío, si Usted aparece nada menos que en uno de los tomos de las *Efemérides Patrias*. Si no me equivoco, como un pionero de la Minería." "Me pareció una broma cuando lo vi, porque en la región todos somos pioneros. El Chino descubrió una muchacha con cara de vieja y cuerpo de mocita y Laureano, aquel Laureano tan elocuente, un pájaro que, según él, daba las horas. Ya te lo dije, yo fui detrás del oro, por interés, claro, pero también por afanes más recónditos y personales. A veces me veo como un gendarme de la naturaleza, buscando yo solo a la bonita de los cabellos dorados. Toma en cuenta, Lorenzo, que en la región de mi juventud las ilusiones eran más fuertes que las realidades. Como si todos

viviéramos bajo la convicción de que los ríos plácidos y los silencios de las llanuras ocultaran un enigma. Entiendo, sin embargo, los propósitos de los rigurosos escribas del Puerto cuando redactan esos libros de pasta roja. Pretenden demostrarlos a los más jóvenes que tuvieron padres, que hubo una cierta continuidad, que las lucecitas sueltas en la inmensa noche forman una Patria. Yo no protesto, en el fondo admiro esos esfuerzos desesperados." "Don Pío, quiero saber más de ella. ¿Qué sucedió después?" "Ibarra, que era un coronel altanero y decente, le dejó una casita cerca del cementerio. Se fue saliendo de ahí a pasos cortos, como esos tipos que disimuladamente abandonan la misa antes del final. La belleza, ¿sabes, Lorenzo?, debe ir acompañada de otras cosas, si no, dejamos de verla. Me parece que la viuda exigía poco y no presentaba batalla. En esos casos sólo se salvan por un gran amor. No sé qué hizo después, aunque podría imaginarlo. Tenía fama de buena hallaquera, de cocinera esmerada, pero con eso no resolvía la vida. Ya sé, ya sé que quien te interesa es la hija, que entonces sería una flaquita de diecisiete años, de manos largas y con los ojitos claros del pendejón de su padre. No puedo explicarte lo que ignoro, cómo la conoció el negro Miranda, cómo se introdujo en esa casa de mujeres vedadas. Yo me figuro que todo debe de haber sido muy rápido, porque el tiempo, quiero decir, la reflexión, la posible ponderación iban en contra del falso mulato. Creo que la cortesía y, digámoslo claramente, la bondad del hombrón deben de haber intervenido de manera decisiva. La cortesía de un negro, Lorenzo, puede ser exquisita. Hay una suavidad de mirada y de tacto que sólo ellos tienen. Se casarían, pienso yo, en una de esas iglesias marineras que están en las afueras del Puerto, ante un cura desmañanado y algo asustado por esas bodas híbridas y acompañada. Graciélita, de unas cuantas amigas de Colegio, muchachas reilonas y chismosas. Después, eso me lo contó ella, se la llevó al *Remanso*, el único hotel de camas anchas, el único lujo que había en la ciudad. Una construcción de madera que daba sobre el mar abierto, ese mar nuestro tan vivo, tan ruidoso, que casi te obliga a gritar. El lugar predilecto de nuestros múltiples jefes. Para conspirar, para desnudarse y cantarles boleros a sus niñas extraviadas. Allí fue la escena, Lorenzo, allí dejaría al negro, como dejar en el suelo a un animal torcido. Se habrá regresado en un autobús, tiesa, sin apoyar la espalda en el asiento. ¿De verdad no quieres ver las estrellas en el telescopio? Está bien, dejémoslas quietas, que sigan parpadeando solas. Los que no han vivido aquí piensan que la región es una zona estática, como si estuviera aturdida por un sol inamovible. Esa es una falsedad que viene de los tiempos de la famosa 'Campana del Mar', otra necesidad del General Garmendia, quien sostenía que la riqueza de la Patria residía en sus costas millonarias. Pretendía así detener cualquier migración hacia el interior. Nada más opuesto a la verdad, Lorenzo, aquí vivimos un mundo de latidos, de animales de vida brevísima, de flores de un día, una especie de biología desbocada, acelerada, como si estuviéramos en un laboratorio de las primeras especies. Está bien, está bien, me doy cuenta de que queda en el aire tu pregunta de

si la viuda sabía o no sabía que Washington Miranda era un negro disfrazado. De lo que si estoy seguro es de que cuando se presentó en la casita del cementerio ya no tenía esperanzas de casar a la hija en el estilo natural de su familia. El Puerto era pequeño y la viuda llevaba demasiados anillos en los dedos. La viudez la había devorado. Y si fuéramos filósofos, Lorenzo, de esos de serenidad forzada, diríamos que no sólo la fuerza sino también la debilidad pueden cambiar el destino. ¿No oyes el viento? Empieza a llegar desde las montañas, lejísimos, después de haber rozado a millares de árboles, parece que viniera de los interiores fríos de las iglesias del Norte. No me gusta, me trae recuerdos de frailes locos, de fanáticos, como si violaran una vez más la paz de la región. Ella no lo confesaba, porque prefería, ya te lo dije, dar una versión fantástica y chocarrera, pero después vivió meses de pastoso pasmo y de vergüenza estancada. En ese tránsito la conoció tu abuelo. Cuando me dijo 'Nadie resiste tanta mala suerte', me di cuenta de que ya había decidido encargarse de ella para siempre. Francisco era uno de esos hombres desconcertantes que no rechazan nada de la vida. Aceptaba pagarle los estudios a un sobrino de cabeza luminosa, mantener en Nueva York a una tía a quien se le había descarriado el matrimonio o pagarle un viaje a Europa a un hermano melancólico. Ni lo celebraba ni lo criticaba, como si nada fuera un peso. Yo no sé si era piedad por los desolados de este mundo o una misteriosa necesidad de integración. Arrastraba con todo sin hacerse preguntas trascendentales, si estaba bien, si estaba mal. Tampoco olvides que era una época del Puerto en la que cualquier pregunta sobre las razones de las cosas te reducía a la impotencia. Tu abuelo oía, con un asentimiento desgano e impaciente, la fusilería verbal del sonoro maestro Carrillo, nuestro único sabio, contra las arbitrariedades sin fin de los coronelitos, contra lo que el pobre viejo barbón llamaba, en uno de sus éxtasis oratorios, 'el enamoramiento del mal'. Francisco, quede claro, jamás me dijo: 'Pío, me enamoré de la muchachita semihuérfana que mandó al carajo al negro Miranda.' Cargó con ella en secreto, la visitaba un par de veces por semana y, según creo, no la tocó sino mucho después. Como si la dejara descansar, como si se hubiese dado cuenta de que necesitaba la gratuidad de las conversaciones regulares. Eran los tiempos en que Francisco comenzaba su carrera en las destartadas casas aduanales del Puerto. Iban a trabajar como si vivieran en otro clima, vestidos de casimir y sudaban con una dignidad de caballeros bajo los ventiladores de aspas. Se limpiaban la frente y las manos con unos papelitos ingleses delgadísimo, perfumados de lavanda. Me preguntas de qué hablarían, Lorenzo. Quién pudo saberlo. Al principio, esa era la buena costumbre, le contaría de sus viajes a los Estados Unidos y exageraría, para hacerla reír, sus penurias de estudiante. Luego le llevaría libros, tal vez *Fortunata y Jacinta*, uno de sus bienamados y eso daría para muchas horas de charla. A lo mejor le enseñó también los de Mark Twain, que él tanto celebraba. O le traduciría artículos, era muy vanidoso con su inglés, de las revistas americanas que recibía. Sin apesura-

mientos, que tu abuelo era un hombre cuidadoso e intenso. También muy concreto, con una imaginación material incitante y detallada: notaría la tela vieja de los sillones, el asiento desfondado de la mecedora, la mala pintura de las paredes, las cortinas desteñidas y las viejas jaulas de los canarios. Al principio lo miraría todo sin verlo, respetuoso de la niña y del mundo ahogado en que vivía. Y a medida que se acercaba a ella, según se daba cuenta de que esas visitas eran una gloria, según entraba en la zona encantada del amor, en ese universo de luz ciega, se atrevería a anunciarles que mandaría un pintor a retocar la sala, traería una jaula nueva y así, lentamente, iría reformando aquella casa de barragana a la deriva. Por supuesto, Lorenzo, que ellas sabían que tu abuelo estaba casado, casado con una belleza del Puerto, pero me parece que eso ya no les importaba, quiero decir que tenían el decoro triston de asumir la vida como se presentaba. Quién sabe qué le dijo el día en que le confió que había arreglado otra casa para ella. Eso nunca lo sabremos y tampoco quiero inventarlo. De lo que estoy seguro es de que no hubo transacciones ni discusiones de ningún tipo. Graciela se deslizo sin esfuerzo alguno al otro lado de la ciudad, al Barrio Nuevo de la costa. La quería sola, lejos de los aires de desgracia de la viuda. Decía ella, aquí, sí, en un atardecer sumiso e interminable de la región, que ese día de la mudanza él le dio la primera orden. 'Te aconsejo, Graciela —nunca le gustaron los diminutivos—, que te cortes las uñas y empieces a estudiar guitarra.' A los viejos, Lorenzo, los amores nos parecen hazañas fantásticas. Yo creo que ya no los entiendo bien. Suponen ¿cómo decirlo? un torrente de vida, un gusto, una concentración tenaz, una avidez insaciable por la manera imprevista como se voltea cuando la llamas, por ese silencio delicado con el que ordena su ropa, por esas caricias distraídas que te hace cuando se cruza contigo, por esas manías de doblar la almohada, por ese diente un poco separado, porque te oye entre atenta e irónica, porque de pronto te cierra el botón de la camisa. Estás inmerso, muchacho, en un mundo minucioso e inédito. El lunar en la axila, los pezones jóvenes y sombreados, el ombligo profundo, la mano leve que te toca. Una atención continua que, ahora, me parece inalcanzable. Por eso quizá no te lo cuento como es debido o no imagino bien las cosas. Cada realidad tiene sus impulsos, la mía ya es otra. En lo hondo de mi alma yo envidio esta historia, a mí que sólo me gustaron las mujeres como de limbo, niñas de temporada, adolescentes de duermaveja. Cuando la conocí, en uno de mis raros viajes al Puerto, ya era plenamente su mujer. Llevaba una vida de mora, casi nocturna. Sí, tu abuelo la visitaba sólo de noche, arrasado por el cansancio que combatía cada vez con más whiskey. Sé que Francisco la sostuvo contra vientos y mareas, contra chismes y reclamos. Es una soberana imbecilidad pensar que Graciela se sentía ahogada o encerrada. Esas son tonterías, nadie quería ir a ninguna parte, esas dificultades las vivían ellos como la clara prueba de sus divinos amores. No era un precio ni grande ni pequeño. Así eran las cosas y ninguno de ellos esperaba nada del Puerto. Paseaban por el patio, se metían en

el enmarañado jardín del fondo, destapaban botellas de champagne cuando pasaban los cargueros holandeses y harían el amor con la convicción de un destino de oro. ¿Qué más quieres? ¿Qué más se puede pedir? El pelirrojo Zanabria, el virtuoso, todavía le daba clases de guitarra y ella era una pluma con el instrumento. Bebíamos con calma, pero sin detenernos, conversábamos, oíamos la música que ella hacía y también algunos cohetes que echaban los negritos del muelle. Estábamos seguros de que la vida era nuestra. En ocasiones se trezaban las manos y me dejaban hablando solo. Comenzaba, por cierto, la hora fuerte de tu abuelo, cuando se había escapado del papeleo pegajoso de las burocracias áduanales y había dejado los olores a fritangas y los gritos callejeros. Manejaba ya dinero grueso, empezaba su carrera de banquero y administrador. Se había asociado con Genaro González, un nombre que te será familiar, tú que tienes tan frescos los libros de nuestra historia. Sí, el mismo, el gordo González, el que después bautizaron como el 'General Piadoso'. Sus descendientes deben de estar contentos y un poco asombrados. La versión oficial, tan empeñada, como de costumbre, en proporcionarnos una historia respetable, una historia que no nos sonroje, es que siempre llevaba caramelos en los bolsillos para repartirlos entre los niños que lo rodeaban como moscas bravas cada vez que aparecía en una placita, pero en especial subraya su celebrada clemencia con los vencidos. ¿Te acuerdas del episodio aquel, cuando trajo a los derrotados capitanejos del Sur, esos pícaros afebrados que habían inventado 'la Doctrina de los Fueros', que querían separarse y habían compuesto un horroroso himno nacional? En lugar de fusilarlos los hizo desfilar descalzos por los muelles y los embarcó hacia una isla cualquiera de mar adentro mientras decía —sí, ahí fue— esa frase de mierda que ahora está en su monumento: 'Nuestros compatriotas, aunque equivocados, merecen la vida.' Claro, los que habían muerto en combate no contaban. Los que quedaban eran García, el ideólogo, un palúdico hablador y López Miral, el cura liberal, conocido como 'el sacerdote de las mil niñas', más unos cuantos jefecillos de trapa que no se creían lo que estaba pasando. Francisco le financió al General, que tal vez no era de los peores, unas cuantas guerras lejanas que siempre parecían necesarias. Invasiones de fronteras que nadie sabía dónde comenzaban e ideas dispartadas de secesión alimentadas por el desesperado aislamiento. Nuestros generales hacían negocios y mantenían la Patria unida. Tu abuelo me decía: 'Déjate de pendejadas, Pío, ponte a fabricar tabacos para la tropa. Yo te ayudo.' A veces pienso que me consideraba un vago, su 'amigo errante', según decía. Hice lo imposible, Lorenzo, para no mezclarme ni con los militares ni con los civiles enardecidos que cada año inventaban una nueva reforma. Admiro las intenciones de los escribas cuando exaltan una Patria indivisible, pero jamás aceptaré como míos a los helados fanáticos del Norte. Me quedé, pues, en la región, entre sus ríos complacientes y astutos, entre la aceleración de su vida latente, entre sus millares de pájaros y el espejo de sus llanuras." "Pero ella, Don Pío, ¿era tan bonita?" "Es una buena pregunta. No, no

lo era, aunque nunca midas el amor de un hombre por la belleza de la mujer. Nos enamoramos de un gesto, de una voz, de los signos visibles que indican un alma paralela. Yo me preguntaba cómo era posible que fuera tan atractiva y tan narigona. Te sostendría ahora que era una mujer sin zozobras interiores, la que nunca te pregunta, si me entiendes, cómo se saca el corcho de una botella, pero que tampoco se asusta porque tu abuelo no abre la boca durante tres noches seguidas. Una mujer sin excusas, que nunca se interroga si las cosas pudieron haber sido de otro modo. Cuya mayor ofensa hubiese sido que alguien pusiera en duda la felicidad de sus noches trucas con Francisco. Ni una perra mansa ni una gata seducida, Lorenzo, a pesar de que se nos quedaba viendo con una malicia de siglos. ¿Te he dado la idea de que era extraordinariamente inteligente? Las fotografías de entonces, tan convencionales, no podían hacerle justicia, faltan allí la tensión y la inmensa capacidad de diversión. Apenas se le nota el cuello noble, espacioso, y los pómulos altos, una herencia quizá de la Pomerania del viejo Müller. Sólo una vez vinieron a la región, con el pretexto de que Francisco estudiara una enredada hipoteca de los sobrinos de Baldomero, consecuencia, seguramente, de la tercera campaña del General González, la denominada 'Guerra de las flores', una vaina ridícula y sangrienta. Los recogí en Puerto Naranjo, venían en uno de esos barcos de lujo tramposo, lucían muy distinguidos, pero con una extraña distancia física entre ellos que, de entrada, no entendí bien. Como si fueran dos hermanos y no los decididos habitantes de la casita de la costa. Era la primera salida juntos y no sabían comportarse como hombre y mujer. Al cabo de unos días ella me dijo: 'Aquí lo único que faltan son jirafas.' Estaban destanteados con nuestro desorden y nuestro exceso, como si entraran a un inmenso mercado vegetal. Les gustaban los cuartos desnudos de nuestras casas y la hondura de sus hamacas, un refugio tal vez frente a los espacios desconcertantes. Se asombró ante la variedad de nuestros injertos y ante la abundancia de libros dispares, las obras de Tácito, el *Cortesano* de Castiglione y las poesías de Villaespasa. Se dio cuenta con rapidez fulminante de que aquí no hay paz sino tregua. En fin, yo la recuerdo sentada en la mecedora, esperando a Francisco, moviendo su abanico, como si ella sola quisiera, valiente, cambiar los aires de la región. Las fechas se me confunden, pero me parece que ya estaba embarazada. El lío posterior, te lo digo de una vez, yo lo conozco muy mal. En cierto sentido el problema no fue el hijo, fue la inamovible decisión de tu abuelo de que no se criara con ella, sino en la legalidad protectora de la casa del centro, con los otros. Es muy complicado reconstruir los razonamientos o los impulsos de Francisco que, por lo demás, yo sólo supe siempre a medias y a destiempo. Quizá pensó que su hijo merecía otra suerte en el Puerto, quizá le quería ahorrar los rubores de una adolescencia insegura. Fue una cirugía mayor que no podemos reducir a prejuicios y miedos sociales. Es muy fácil, Lorenzo, ser arrogantes con las vidas ajenas. La hipótesis egoísta, pero que al menos recoge el amor ciego, es que el hijo le restaba libertad con ella, la convertía en una

mujer cotidiana que chocaba con las noches de luna llena y de champagne en el patio cuadrículado. Esta visión, me doy cuenta, es la misma que una explicación romántica: no quiso romper, yo diría, la idea, la imagen, lo que tú quieras, de que él poseía una princesa nocturna. Yo te invito a que no juzguemos esas vidas, sino a que las contemplemos con el amor indulgente de la amistad." "Pero ella, ella, ¿qué pensaba, Don Pío?" "¡Vaya Usted a saber! Me siento incapaz de imaginarlo. Se habrá quedado muda cuando se lo dijeron, muy probablemente antes del nacimiento, aunque también debe haberla excitado ese destino injusto y halagador de niña soñada que él le proponía. Después, bastante después, se fue ella a Roma y allí vivió muchos años, con su guitarra española muy activa. Francisco la visitaba con esa regularidad de los ricos del Puerto. De esa época lo desconozco todo. A lo mejor era la única manera de mantener el sentido de sus vidas, las ilusiones de los encuentros aventureros. El modo también de evitar la inevitable putrefacción. Ya de regreso sobrevivió, en la más despiadada soledad, la muerte accidental de tu abuelo. Quiso volver a la región no tanto para oler las innumerables flores ni para asustarse con un amanecer nuestro, más bien para conversar un rato conmigo. Conversar sobre las guerras, sobre nuestra paz ficticia, sobre la profundidad sorprendente de nuestros ríos, jamás sobre su suerte, aunque a veces mencionaba a Francisco con una ligereza maravillosa, como si estuviera en el cuarto de al lado. La recibí en esta casa desconchada, con los platos de peltre y el escándalo de los pájaros. Ya no tengo más que decirte. No sé si es gran cosa, pero es la mejor historia de amor que yo conozco." "Está bien, Don Pío, yo se lo agradezco, me ha aclarado muchas cosas." "Y tú también a mí. ¡Caramba, Lorenzo! eres muy buen interrogador. Me engañaste suavemente, con elegancia de la buena. Te aseguro que no sabía que ignorabas que Graciélita Valdemosa era tu abuela. Te felicito, eres nieto de abuelos enamorados, una verdadera fortuna. ¿Qué te parece, muchacho, si ahora sacamos el telescopio? Orión estará brillando".

